

y medio circulan alrededor de su nombre y disfrazan su verdadera personalidad. Francisco Rabelais nació en Chinon durante los últimos años del siglo XV, y no en 1483, como asegura una tradición errónea. En 1522 decía Budé que todavía era joven. Fraile franciscano en Fontenay-le-Comte, lo libre de sus estudios, y probablemente también de sus ideas, alarmó á sus superiores. Un indulto de Clemente VII le autorizó á pasar á la orden de San Bernardo. No le gustó ésta y volvió al mundo. Después de algunos años de vida errante, se matriculó el 17 de Septiembre de 1530 como estudiante de Medicina en la Facultad de Montpellier. Bachiller en Medicina en 1.º de Noviembre del mismo año, dió lecciones en 1531 sobre dos obras de Hipócrates y Galeno, que publicó con comentarios en Lyon al año siguiente. Desde 1532 hasta 1534, fué también médico del gran hospital de esta ciudad. En 1534, Juan du Bellay, obispo de París y embajador en Roma, le nombró su médico. Reconciliado con la Iglesia por un breve del papa Pablo III (Enero de 1537), ingresó de nuevo en la orden de San Benito. El 3 de Abril del mismo año se licenció en Medicina en Montpellier, y se doctoró el 27 de Septiembre, ejerciendo su carrera en Narbona, Castres y Lyon. Luego ingresó como canónigo en la abadía secularizada de Saint-Maur-les-Fossés, cerca de París, sin sujetarse gran cosa á la residencia, pues por aquel tiempo estuvo en Chambery, Turín y Lyon. Entre tanto, desde 1533 á 1546 se habían publicado *Gargantúa* y los tres libros primeros de *Pantagruel*, sin que se molestara seriamente al autor. La muerte de Francisco I (31 de Marzo de 1547) le quitó un protector, y entonces, alarmado, Rabelais se dirigió á Metz y luego á Roma, junto al cardenal Du Bellay. En 1550 regresó tranquilizado por contar con la protección de las dos casas rivales de Lorena y Châtillon. Fué nombrado párroco de Meudón, que era de los Guisais. En casa de éstos vió á Ronsard; pero aquellos dos genios tan distintos no se comprendieron, y si Ronsard tomó á Rabelais por un bufón, Rabelais debió juzgar á Ronsard como un visionario. Toda la leyenda del «cura de Meudón» es apócrifa. Lo único que

se sabe es que al hacer su visita pastoral en Junio de 1551 el obispo de París no encontró en Meudón más que al teniente cura. Por otra parte, en Enero de 1552 Rabelais dimitió el curato para publicar con más libertad el *cuarto libro de Pantagruel*, acabado en 1550 (1). Desde esta fecha desaparece Rabelais. Se ignoran la época exacta y las demás circunstancias de su fallecimiento. Sábese únicamente que ya no existía en 1555.

Entre los testimonios poco numerosos de los contemporáneos acerca de este personaje, más famoso que conocido, el más obscuro es el más sorprendente; Pedro Boulanger, en una «paráfrasis poética» de los *Aforismos* de Hipócrates, publicada en París el año 1587, inserta un epitafio de Rabelais, en versos latinos, cuya traducción es como sigue:

«Debajo de esta losa yace el más excelente de los zumbones. Nuestros descendientes procurarán averiguar qué clase de hombre fué, porque cuantos vivieron en su tiempo bien sabían lo que era aquel burlón; todos le conocían y le querían más que á nadie. Acaso crean que fué un bufón, un farsante, que cogía buenas tajadas á fuerza de chistes. Nada de eso; no era un bufón, ni un farsante de encrucijada; sino que con exquisito y penetrante genio se mofaba del género humano, de sus deseos insensatos y de la credulidad de sus esperanzas. Tranquilo respecto á su suerte, vivió una buena vida; los vientos siempre le fueron favorables. Sin embargo, no se hubiera podido encontrar un hombre más sabio, cuando, dejando burlas aparte, gustaba de hablar seriamente y de ocuparse en cuestiones importantes. Nunca senador de ceño amenazador y de triste y severa mirada ocupó más gravemente su elevado asiento. Planteado un problema hondo y difícil, para cuya resolución se necesitaran mucha ciencia y habilidad, os habría parecido que sólo él sabía de las grandes tesis, y que únicamente á él se habían revelado los secretos de la Naturaleza. ¡Con qué elocuencia realizaba cuanto

(1) *Pantagruel* se había publicado en 1532. *Gargantúa* le siguió de cerca en 1535. El *tercer libro* apareció en 1546. El *cuarto* en 1552. El *quinto libro*, cuya autenticidad es dudosa, se publicó en 1564, después de morir Rabelais.

quería decir, admirando aun á aquellos á quienes sus burlas mordaces y sus habituales chistes habían hecho creer que aquel bromista no era un sabio! Conocía todo lo producido por Grecia y Roma, pero, como nuevo Demócrito, se reía de los vanos temores y de las ansias del vulgo y de los príncipes, de sus frívolas preocupaciones y de los afanosos trabajos de esta corta vida en que se consume todo el tiempo que se digna otorgarnos la benévola Divinidad.»

Hemos citado este extenso escrito, primero por ser curioso y poco conocido, y además porque pensamos que aquel contemporáneo obscuro comprendió y juzgó á Rabelais mejor que la mayoría de los autores que después se han ocupado de éste. Consideró al autor de *Pantagruel* desde un punto de vista serio, sin incurrir en trágicas censuras; hizo justicia al alto valer de su ingenio sin transformarlo en profeta, en legislador, ni en mago.

Rabelais fué principalmente un sabio, un médico, un naturalista. La ciencia fué lo único de que no se burló, y creía en ella firmemente. Ella constituyó su fondo inmutable. Pero aquel sabio tenía sus horas de alegría, y este júbilo violento se desbordó á oleadas, en las cuales había de todo: pensamientos geniales, exquisitas delicadezas, groserías sin gracia y simples obscenidades. Era hombre de poco gusto, pero vario y poderoso como la Naturaleza. No careció de arte, pero su arte no tuvo regularidad alguna. Dígase lo que se quiera, su libro adolece de la falta de plan: *Pantagruel* es una repetición de *Gargantúa*, ó quizás éste lo sea de aquél, pues *Pantagruel* se publicó primeramente. El *libro tercero* hállase integrado por diálogos, sin que la novela avance un paso. Plantease un solo problema: ¿Debe ó no debe casarse Panurgo? Esta pregunta simboliza la siguiente: ¿Los hombres fundan sus actos en la razón ó viven al acaso? El *libro cuarto* es un viaje imaginario, cuyas fantásticas etapas no están



Rabelais

enlazadas entre sí. El libro quinto no es de Rabelais, aunque haya algo suyo en él; á Rabelais no se le habría ocurrido atacar con tanta furia á Roma, que siempre le trató con suma indulgencia. En resumen: falta en la novela la unidad de plan, pero quizá es más comprensible la unidad de objeto. Aunque Rabelais incurra en varias contradicciones ó cambie de opinión de un libro á otro—por ejemplo, se muestra favorable á los protestantes en el primero y luego los ataca—, el espíritu general del libro es el mismo desde el principio hasta el fin. Este espíritu es principalmente satírico. Se le ha discutido,

porque no cabe negar que Rabelais conserva de su culto á la antigüedad cierto respeto fundamental á los dos ó tres principios esenciales sobre los que se basa el estado social: la familia, la autoridad paterna y la propiedad. Pero aunque Rabelais no se burle de todas las cosas, poco le falta. ¿No define el *pantagruelismo* como «cierta jovialidad de espíritu fundamentada en el desprecio á las cosas fortuitas»? Los contemporáneos, que le llamaron Demócrito, no se equivocaron acerca del pensamiento principal de su obra. En su sentir, el mundo

está lleno de vicios y ridiculeces, y el único consuelo del filósofo consiste en burlarse de ellos. Pero esa risa inextinguible no excluye las ideas profundas y serias. Además, Rabelais cambia de tono en tanta facilidad como modifica bruscamente la concepción de sus personajes. Sus héroes, tan pronto son prodigiosos gigantes como hombres vulgares. Pantagruel, sacando la lengua, da sombra á todo un ejército, y otras veces va, viene y se agita como cualquier mortal. Rabelais no se cuida de aclarar esas contradicciones; ha escrito su libro al día para distraerse tanto por lo menos como para entretener á los lectores. De ese mismo modo debe leerse; para buscar una serie de agudezas, profundas ó burlescas, pero no un libro, un pensamiento primordial y director, fuera de

ese culto á la ciencia de que ya hemos hablado. En el *Inferno*, visitado por Epistémón, los grandes se hallan reducidos á practicar los oficios ínfimos; en cambio, los filósofos son reyes, y les sirven los grandes, á quienes tratan con insolencia.

Los famosos capítulos sobre la educación de Gargantúa, la bellísima carta de éste á su hijo Pantagruel, estudiante en París, integran lo que se ha denominado, algo ampulosamente, «la Pedagogía» de Rabelais. Muy apurado se verá quien desee deducir de ahí el programa de una educación práctica. Pero es cierto que en estas páginas Rabelais ha sembrado ideas muy elevadas, justas y fecundas; ha protestado contra el abandono en que la costumbre de aquella época dejaba la educación corporal para las personas que recibían la del espíritu; ha querido sustituir los ejercicios de pura memoria por otros de raciocinio y observación; en la carta á Pantagruel ha expresado con elocuencia la sed de saber que devoraba á todos los espíritus excelsos de su tiempo.

Rabelais tiene varios estilos, y esa flexibilidad y variedad son los caracteres más salientes de su manera de escribir. Sobresale en adaptar la forma al fondo, en amoldar exactamente la frase á la idea ó al sentimiento. En los pasajes jocosos, en el relato en general, la frase es breve, á veces cortada, nunca periódica, siempre viva y brillante. En los fragmentos más graves tórnase larga y hasta solemne, calca entonces su sintaxis sobre la sintaxis latina, que transpone hábilmente en el idioma francés, llegando á la más soberana elocuencia. Su vocabulario es maravillosamente rico, pero esta riqueza resulta á veces recargada. Agota á un tiempo el léxico popular y el léxico sabio; recoge de los labios vivientes mil y mil maneras de hablar, naturales, vivas y pintorescas; paralelamente extrae de los libros muertos todo el vocabulario médico ó de historia natural y— aunque se burle de los latinizantes— multitud de locuciones griegas y latinas, ya en serio, ya en burla, porque ridiculiza el lenguaje, como todas las demás cosas— por ejemplo, en aquellas largas enumeraciones donde amontona á su gusto nombres y epítetos.

En resumen: Rabelais es el más grande de los satíricos y uno de los mejores cuentistas; hay quien le prefiere cuando se limita á narrar sencillamente, cuando cuenta por contar, lo cual es muy sugestivo, á pesar del juicio de La Fontaine (1). Como además era hombre muy sabio, dotado de un genio originalísimo y de un espíritu de observación muy profundo, formuló como de pasada, y acerca de muchas cosas, conceptos atrevidos y exactos no pocas veces, que permiten adivinar un hombre eminente, superior á su libro, y sobre todo á muchos de sus lectores, por lo menos á aquellos á quienes quiso divertir arrojando á manos llenas sobre tantas flores hermosas tantas «inmundicias». La palabra es de Voltaire joven, y Voltaire viejo la corrigió escribiendo en su lugar «ordinarieces». En todo caso, el admirable genio de Rabelais podía haber prescindido de tal condimento.

DESPÉRIERS.—Un hombre semejante no tiene discípulos, porque los que intentan imitarle no se apropian más que sus defectos. De sus contemporáneos que lo leyeron y estudiaron, Buenaventura Despériers fué el que más valió. Despériers nació hacia el año 1508 (2) en Arnay-le-Duc, de familia obscura y pobre; en sus versos representase como habiendo luchado con la miseria durante toda la juventud. Á pesar de ello, encontró medios para llevar á cabo profundos estudios, y conociendo sus talentos la reina de Navarra, le nombró su ayuda de Cámara, ó más bien su secretario, en 1536. «La reina era—dice un contemporáneo— consuelo y amparo de todos los desgraciados» siempre que tuvieran cultura y algún ingenio. Despériers sabía mucho, y había colaborado en la célebre traducción francesa de la Biblia griega y hebrea, publicada en Neufchâtel por Olivetan. Había ayudado á Esteban Dolelet á redactar la inmensa recopilación titulada *Comentarios de la lengua latina*, pero separóse presto de aquella sociedad de sabios que se inclinaba al protestantismo, para hacer profesión casi declarada de escepticismo y hasta de ateísmo. En 1538

(1) Contar por contar me parece poca cosa. (*Fábulas*, libro VI, 1).

(2) Es demasiado remota la fecha tradicional de 1498.

publicó el *Cymbalum mundi*, diálogos—en francés, excepto el título—en que el autor atacaba jocosamente á todas las religiones reveladas. La obra fué confiscada y destruída. Los protestantes desautorizaron al autor y Calvino le abrumó de anatemas. La intención del libro estaba clara, pero el texto en sí era oscuro en muchos detalles y alusiones. Indudablemente costó á Despériers la protección de Margarita. Desesperado y probablemente reduci-

do á una extrema miseria, el autor del *Cymbalum* se suicidó en 1544. Mucho tiempo después de su muerte, en 1558, se publicó la colección de cuentos *Nuevos recreos y coloquios divertidos*, atribuídos á Buenaventura Despériers con mucha verosimilitud, aunque el editor introdujera algunas modificaciones, como lo demuestran ciertas alusiones á hechos posteriores á 1544. La narración de estos cuentos, de carácter popular, es viva, punzante, fácil, llena de franqueza y naturalidad, pero desgraciadamente viciada por muchas groserías que en el siglo XVI no parecían de tan mal gusto como ahora (1). Pero ningún escritor de aquel tiempo—fuera de Rabelais—supo contar mejor que Despériers, ni dar realce á fruslerías por la manera de decirlas.

LA REINA MARGARITA.—La ilustre protectora de Marot y de Despériers, Margarita de Valois-Angulema, hermana mayor de Francisco I, nació el 11 de Abril de 1492. Casada en 1509 con el duque de Alençon, viuda en



La reina Margarita

1525, contrajo segundas nupcias (1527) con Enrique de Albret, rey de Navarra. Con ninguno de sus dos maridos fué feliz, y la literatura constituyó el principal consuelo de sus pesares domésticos. No sólo alentó y protegió á muchos poetas y sabios, historiadores y artistas, sino que también compuso numerosas obras en prosa y verso; lo que se ha publicado de su labor no integra todo lo que escribió. Durante su vida se editó una

colección de versos suyos con este alambicado título, ajustado á la moda de aquella época: *Las margaritas de la Margarita de las princesas*. Contiene cuatro *misterios* breves, comedias, ó mejor dicho, diálogos, bastante bien versificados, que sus damas de honor solían representar delante de ella, y muchas poesías religiosas, cuya autora parecía inclinada al protestantismo, aunque vivió y murió ostensiblemente en la religión católica. Sus mejores versos son los inspirados por el

tierno afecto que profesaba al rey, su hermano, pero su prosa supera á sus versos. La colección de cuentos, publicada después de su muerte (1), está escrita con un estilo elegante y castizo. Se ha observado que quizá sea la obra en prosa más antigua que un lector moderno, desconocedor del antiguo francés, puede leer de corrido y sin dificultades. Las disertaciones de metafísica galante que acompañan á cada cuento, parecen redactadas á veces en forma muy artificiosa; en cambio, los relatos están es-

(1) El editor (probablemente Pelletier du Mans) empieza así su prólogo: «Señoras y señoritas: leed tranquilamente, no encontraréis nada deshonesto.»

(1) Con el nombre de *Heptameron*, imitación del *Decameron* de Boccaccio, cuya influencia sobre la reina de Navarra fué indudablemente muy intensa, y que desde luego se advierte en el *Heptameron*.

critos con viveza y hábilmente presentados. ¿Pero qué pensar del libro en sí? ¿No sugiere una idea poco favorable de lo licencioso de las costumbres en el siglo XVI? En cualquiera otra época, ¿una mujer verdaderamente honrada y virtuosa se habría recreado escribiendo tan escabrosos relatos? Indudablemente, la autora de los *Cuentos* no alaba el vicio y hasta recomienda la castidad, pero el cuadro de los peligros que le hace correr no es nada casto, y lo excelente de las intenciones no siempre basta para compensar lo atrevido de la pintura. No obstante, las costumbres descritas en el libro son las de la sociedad de aquel tiempo, y muchas anécdotas, referidas como verdaderas, deben de serlo, en efecto; el *Heptameron* abunda en alusiones que no nos presentan la corte de Francisco I bajo un aspecto muy favorable.

CALVINO.—En todos estos escritores, en Marot y en Rabelais, en Despériers y en la reina Margarita, conviene tener en cuenta la influencia de la Reforma. Pero Calvino encarna y completa la Reforma francesa. La *Institución Cristiana*—no considerando aquí más que el estilo de esta obra magna— señala una fecha importante en la historia del idioma francés. El libro, escrito primero en latín, fué traducido al francés por el mismo autor, y publicado por los años de 1541—aunque desconocemos la fecha exacta—con una dedicatoria en francés, dirigida á Francisco I, el año 1535.

Cien años antes que Descartes y el *Discurso del método*, Calvino demostró en la *Institución* que la lengua vulgar estaba madura para expresar con fuerza y claridad las ideas más abstractas y los razonamientos más contundentes. Calvino fué el primero que hizo hablar en francés á la filosofía y á la teología, y en tan austeros temas el lenguaje es hermoso. Bossuet lo admiraba, aun combatiendo al hombre y al reformador: «Concedámosle la gloria de haber escrito tan bien como el mejor de su siglo.» Como un adversario luterano le tratara de declamador, Calvino contestó: «No se lo hará creer á nadie; todo el mundo sabe que sé concretar un argumento y que escribo en lenguaje breve y preciso.» Calvino, frío y

concentrado, no habría acometido nunca la Reforma. Tal era la opinión de Bossuet: «Ignoro si su genio habría sido apto para encender los espíritus y alborotar á los pueblos como lo fué el de Lutero.» Pero «aunque Lutero fué algo más original y más vivo, Calvino, inferior en genio, parece superior por la cultura... Su pluma era más correcta, sobre todo en latín». En efecto, una página de Calvino no puede saborearse plenamente más que admitiendo que en el siglo XVI la latinidad era el tesoro inagotable que explotaba la lengua francesa para el vocabulario y para la sintaxis. Así se formó aquel estilo «triste» pero «seguido y limado» cuyo vigor admiraba el siglo XVII, después de tantas obras maestras, según el testimonio nada sospechoso de Bossuet (*Historia de las variaciones*).

Calvino fué quien decidió con su ejemplo y con su influjo la predilección que los reformados habían de mostrar hacia la lengua vulgar en la predicación de sus doctrinas y en las polémicas que sostenían con sus adversarios. Es de notar que el hombre que en cierto modo emancipó á la lengua francesa, demostrando que era capaz de tratar de todas las cuestiones, incluso las teológicas, fué al mismo tiempo un latinista muy correcto, y que aun el francés usado por él procedía de fuentes latinas. ¿No debe deducirse de ello que la preferencia de Calvino por el idioma vulgar dependía más bien de motivos políticos y religiosos que de causas literarias ó estéticas? Prefirió el francés como el instrumento que le parecía ya más eficaz y más poderoso; ansiando hablar á todos, quería usar el lenguaje que todos entendían. Mientras que Joaquín du Bellay, en la *Defensa é ilustración de la lengua francesa* se decidía por el francés contra los latinizantes, por preferencia artística y por haber comprendido que no tendrá estilo original quien escriba en idioma que no sea el de su país, Calvino, indiferente á todo escrúpulo de arte y guiado por distintos móviles, llegó antes que Joaquín du Bellay á las mismas deducciones. Posteriormente á él toda la Reforma francesa no empleó casi otro idioma que el hablado en su patria.

NUEVA IMPORTANCIA DE LA PROSA FRANCESA.—Por la misma época, un documento famoso, de importancia nunca bien ponderada, pero cuyo carácter se ha explicado erróneamente más de una vez, el edicto de Villers-Cotterets (1539), dictado por Francisco I, consagraba de modo muy brillante la emancipación definitiva de la lengua francesa. La ordenanza no trata del lenguaje más que por incidencia; promulgaba principalmente «para las cosas de justicia», y para «abreviar los pleitos» trata sobre todo de establecer definitivamente las bases de un código común para todo el reino. Pero en los artículos 110 y 111 incluye las siguientes disposiciones de capitalísima importancia en la historia de la lengua francesa: «Y para que no haya duda en la interpretación de dichas sentencias, queremos y mandamos que se lleven á la práctica y escriban con tanta claridad, que no haya ni pueda haber ninguna ambigüedad ó incertidumbre, ni lugar á pedir explicación. Y como tales cosas han solido ocurrir sobre la inteligencia de palabras latinas contenidas en dichas sentencias, queremos que desde ahora cualesquiera sentencias, así como los demás procedimientos, ya de nuestros tribunales soberanos y de los subalternos é inferiores, ó ya de los registros, informaciones, contratos, comisiones, disposiciones, testamentos y todos los demás autos y escritos de justicia ó relacionados con ellos, se pronuncien, comuniquen y registren para todas las partes *en lengua materna francesa y no en otra alguna*.» No cabe dudar que tenaces resistencias dificultaron durante algunos años la completa aplicación de este edicto; pero á través de las fluctuaciones de su política en otros puntos—por ejemplo, sobre la libertad religiosa—, los reyes sostuvieron firmemente su voluntad acerca de éste, y el edicto de Rosellón, dictado por Carlos IX en Enero de 1564, confirmó las disposiciones del de Villers-Cotterets en los términos siguientes: «Las comprobaciones de nuestros tribunales del Parlamento sobre nuestros edictos, ordenanzas ó letras patentes, y las respuestas á requerimientos, se harán en adelante *en lengua francesa, y no en latín*, como ha sido costumbre hacer en

nuestro tribunal de Parlamento de París, lo cual queremos y entendemos que se cumpla asimismo por nuestros procuradores generales.» En lo sucesivo no quedaba en Francia más que una lengua oficial: la francesa.

¿Qué se proponían los reyes persiguiendo con tanta perseverancia la implantación del francés como única lengua del reino? ¿Sabese que no sentían contra el latín ningún prejuicio de ignorancia ú hostilidad. Los Valois eran príncipes ilustrados, grandes admiradores de los antiguos, y humanistas más sabios que la mayoría de sus súbditos. ¿Cedían á una influencia de la opinión pública declarada á favor del francés y en contra del latín? De ninguna manera; bien lo demuestra la viva oposición con que tropezó el edicto de Villers-Cotterets en la mayor parte de las provincias. Ramus ha contado amablemente en su *Gramática* la historia de aquellos diputados provenzales enviados de Aix á París para defender ante Su Majestad las prerrogativas del idioma provenzal. Cuando el rey supo su llegada á París, fué difiriendo meses y meses la entrevista para darles tiempo á que aprendieran el francés. Por fin les recibió, y le hablaron en el más escogido lenguaje cortesano. El monarca les contestó: «Si vosotros que sois viejos habéis aprendido tan fácilmente á hablar francés, mejor lo aprenderán los jóvenes.» Y los despidió sin otorgarles nada. Realmente, por lo menos en la mitad de Francia, el francés era tan desconocido como el latín. ¿Por qué, pues, las provincias habían de desear que el idioma judicial y administrativo fuera el francés? Ahora bien, el pensamiento que inspiró á los reyes fué mucho más elevado y de un alcance más general que el expresado por Francisco I en el edicto de Villers-Cotterets; preveían algo más importante que «la abreviación de los pleitos». Querían que no hubiera en Francia más que un idioma, como no había más que un rey. La preponderancia y difusión del francés que ellos hablaban, del francés de la isla de Francia, les parecía, y no sin razón, la señal esplendente, el instrumento eficaz, y hasta uno de los elementos de su autoridad soberana. He aquí por qué los esfuerzos de Luis XII y de Francisco I, de Enrique II y de sus hijos,

propendieron constantemente á pulir el lenguaje y en lo posible empezar á regularizarlo, no sólo para satisfacer sus aficiones artísticas y literarias, sino además, y principalmente, por política, por designio perseverante, para completar la unidad del reino con la unidad del lenguaje. Ronsard suscribió plenamente estos puntos de vista. Aun conservando afecto á los viejos dialectos provincianos, y aunque invitaba á los poetas á que extrajesen de ellos algunas palabras para enriquecer su vocabulario, confesaba que no se podía escribir nada duradero más que en el francés de la corte. «Hoy, como nuestra Francia no obedece más que á un rey, estamos obligados, si queremos lograr algún honor, á hablar en su lenguaje; de otro modo nuestra labor, aunque fuera honrosa y perfecta, apenas sería considerada ó quizá menospreciada en absoluto.» Ya en 1530, Palsgrave, autor de la Gramática francesa más antigua—escrita en inglés, para ingleses, y publicada en Londres—no conocía más francés que el del rey. «En toda esta obra seguiré el uso de los parisienses y de la comarca que se extiende entre el Sena y el Loira. En esta región está el corazón de Francia; en ella es más perfecto el lenguaje, y desde hace más tiempo. No hay hombre nacido en cualquier parte de Francia que escriba en otro lenguaje que el hablado dentro de dichos límites, si desea que sus escritos sean algo estimados.» Este testimonio de un extranjero es curioso, pero realmente bastante exagerado. En 1530, las influencias provinciales y dialectales se oponían vigorosamente á la tendencia hacia la unidad del lenguaje. Habían de notarse en la literatura, y acaso más en la poesía que en la prosa, hasta el tiempo de Malherbe.

Por un feliz privilegio, la lengua del siglo XVI no ha dejado de agradar al caer en desuso, y hasta en la época clásica los mejores jueces saborearon el encanto del «lenguaje antiguo». Fenelón decía: «Lo echamos de menos cuando lo encontramos en Marot, en Amyot, en el cardenal de Ossat, en las obras más joviales y más serias; tenía un no sé qué conciso, ingenuo, atrevido, vivo y apasionado.» Epítetos perfectamente escogidos para caracterizar el estilo y la

lengua de aquel tiempo; la viveza, ó mejor dicho, la vida, es el primer rasgo que llama la atención en las obras; hasta en un tratado de gramática se siente vivir al autor y á veces la pasión respira en él (1). Todos tenían una superabundancia de fuerzas que gastaban en la filología con tanto ardor como el empleado en las guerras civiles y religiosas. Aquella ingenuidad que Fenelón encomia era la naturalidad, porque en ninguna época fué menos convencional la literatura, no porque faltara lo artificioso, sobre todo en la poesía—y todavía más en tiempo de Ronsard que en el de Marot—; pero lo afectado no es lo convencional; lo convencional se impone de antemano á un autor que lo sufre pasivamente; la afectación—por ejemplo, en la Pléyade—se elige libremente y se gusta con sinceridad. Fenelón admira también justamente «cierta concisión» en la lengua del siglo XVI; en efecto, el estilo de aquel tiempo sobresale en el arte de bien decir con pocas palabras. No obstante, Fenelón había dicho poco antes: «La lengua tenía aún demasiada verbosidad», y también esto es verdad. Porque ocurriales, á Rabelais como á Montaigne, que después de decir bien una cosa en breves palabras, la debilitaban al repetirla con «amplificaciones». Pero lo que demuestra más el vigor y la excelencia de aquel lenguaje del siglo XVI, es el partido que de él sacaron los autores circunstanciales, que no eran más que unos ignorantes; sin embargo, sostenidos por su ingenio natural y ayudados por un excelente lenguaje que se les ofrecía flexible y dúctil, cálido y matizado, escribieron muy bien sin saber escribir, por ejemplo, más de un autor de *Memorias*, como Monluc, ó, para limitarnos á la primera mitad del siglo, el obscuro soldado, anónimo autor de «La muy alegre, plácida y recreativa historia, compuesta por el Leal Servidor, de los dichos, hechos, triunfos y proezas del buen caballero sin miedo y sin tacha, el gentil señor Bayardo» (1527). Este «Leal Servidor» ha merecido que, á pesar de la diferencia de los tiempos y la disparidad de

(1) Testimonio de ello es la gran controversia suscitada á mediados del siglo entre Meigret y sus adversarios por motivos ortográficos.

los héroes, se le compare con Joinville por las cualidades que les son comunes: franqueza absoluta, sencillez y perfecta naturalidad. Y al fin, Joinville se presenta ingenuamente al lado del rey Santo, y el «Leal Servidor», más modesto, ha ocultado hasta

su nombre no dejando ver más que á Bayardo; eclipsándose así detrás de su amado señor, ha hecho una obra exquisita á la cual convienen, por excelencia, los elogios de Fenelón: una obra «concisa, ingenua, atrevida, viva y apasionada».

BIBLIOGRAFÍA

PETIT DE JULLEVILLE (véase en el tomo anterior, la bibliografía del capítulo V).—F. THIBAUT, *Marguerite d'Autriche et Jean Lemaire de Belges*, Paris, 1888, en 8.º—MAROT, ediciones Guiffrey (incompleta), d'Héricault (selección), Pedro Jannet (selección) y Voizard (selección).—MELLIN DE SAINT-GELAYS, *Œuvres*, edic. Blanchemain (Bibl. Elzeviriana), 1893, 3 vol. en 16.º—MARGUERITE (la reina): para las poesías, edición Frank, Paris, 1873, 4 vol. en 16.º; para los cuentos, edic. Le Roux de Lincy, Paris, 1853, 3 vol. en 8.º—CHENEVIÈRE, *Bonaventure Despériers*, Paris, 1885, en 8.º—FRANK y CHENEVIÈRE, *Lexique de la langue de Bonaventure Despériers*, Paris, 1888, en 8.º—RABELAIS, ediciones Burgaud des Marets y Rathery, 2 vol. en 12.º; Pedro Janet, 5 vol. en 12.º; Marty-Laveaux, 5 volúmenes en 8.º—E. GEBHART, *Rabelais, la Re-*

naissance et la Réforme, Paris, 1877, en 12.º—JEAN FLEURY, *Rabelais et ses œuvres*, Paris, 1877, 2 vol. en 8.º—P. STAFFER, *Rabelais, sa personne, son génie*, Paris, 1889, en 12.º—*Histoire de Bayard* (por el «Leal Servidor»), publicada por J. Roman para la «Société d'Histoire de France», en 8.º—A. SAYOUS, *Études littéraires sur les écrivains français de la Réformation*, Paris, 1854, 2 vol. en 8.º—PIERRE GAUTHIEZ, *Études sur le XVI siècle*, Paris, 1893, en 12.º—SAINTE-BEUVE, *Tableau historique et critique de la poésie française et du Théâtre français au XVI siècle. Causeries du lundi*, t. III (Rabelais); t. VI (la reina Margarita).—LIVET, *La grammaire et les grammairiens français au XVI siècle*, Paris, 1859, en 8.º—A. DARMESTETER y A. HATZFELD, *Le XVI siècle en France*, Paris, 1875, en 12.º—E. FAGUET, *Seizième siècle*, Paris, 1894, en 12.º

